FL 03 76

Lengua y literatura griegas. Programa 18. La lírica Píndaro.

Fecha de emisión 20 de diciembre de 1979. Dedicaremos hoy nuestro espacio a ofrecer una visión general de la lírica coral, centrada en la figura de Píndaro, glosando, mediante fragmentos traducidos, los elementos más característicos de su creación poética. En ocasiones, como venimos haciendo, se dará el texto griego de algún fragmento, tanto para continuar la familiaridad con la pronunciación, como para resaltar algunos rasgos lingüísticos especiales de nuestro autor.

La traducción de los pasajes que van a citarse procede de la recomendada en la bibliografía del tema 18, Píndaro, Olímpicas, Francisco Samaranc, Madrid, Aguilar, 1967. La actividad de Píndaro se inicia en los primeros años del siglo V a.C., y va a ser este autor quien recogerá el recuerdo de las aristocracias locales que irán sucumbiendo ante la expansión nacionalista e imperialista de Atenas. Píndaro, de noble familia, va a ser el poeta de círculos dominantes selectos e ilustrados, amigos de la música, las artes y el deporte, restos de las antiguas aristocracias y también de las tiranías, casi relegados a Sicilia y Tesalia.

La costosa ostentación de una clientela apudiente, vencedora en los certámenes y también en ocasiones detentadora del poder, será el ambiente y, en último término, el motivo de inspiración para la lírica pindárica. El pensamiento del poeta presenta rasgos arcaizantes en lo que se refiere a la virtud de quienes le pagan para festejar una victoria. Es hereditaria.

Si esta hereditaria dicha debe seguir su marcha, confiémonos a los cuidados de Zeus y Enialio. Dice en la Olímpica XIII, al desear futuros triunfos a Genofonte de Corinto. En la estrofa inicial de la II Olímpica se sintetiza claramente el destino de su canto.

Terón, tirano de agrillento, puesto en parangón con Zeus y Heracles, hombre religioso, político eficaz y de buen linaje, dice En la estrofa inicial de la II Olímpica se sintetiza claramente el destino de Zeus y Heracles, hombre religioso, político eficaz y de buen linaje, dice En la estrofa inicial de la II Olímpica se sintetiza claramente el destino de Zeus y Heracles, hombre religioso, político eficaz y de buen linaje, dice Terón, tirano de agrillento, puesto en parangón con Zeus y Heracles, hombre religioso, político eficaz y de buen linaje, dice Oídnos, reyes de la pequeña lira, ¿qué dios, héroe o humano cantaremos? Señor de Pisa es Zeus, y Heracles, quien creó la fiesta olímpica, primicias y botín de guerra, Y Terón, el que obtuvo la victoria en su cuadriga, fiel cumplidor de hospitalarios ritos, fuerte muralla de agrillento, fino vellón de ilustre cuna, nacido en bien de su ciudad. Esta aristocracia, ganada por el esfuerzo de un pasado remoto, se actualiza por el valor demostrado en las competiciones de Olimpia o de Delfos. En este sentido habla Píndaro en la III Olímpica.

Versos 42 y siguientes. Si el agua es la mejor de entre las cosas, y el oro el más preciado de los bienes, hoy en día es Terón quien más allá ha llegado en el culto a las virtudes. Su empuje lo

llevó hasta las columnas de Hércules.

Desde aquí la ruta no es viable ya, ni a los sabios, ni a los necios tampoco. Yo no aspiro a seguirle más allá. Sería absurdo.

El poeta, frente a esta actitud francamente conservadora, manifiesta una postura abierta, más acorde con las posiciones intelectuales de su momento. En Grecia, a lo largo del siglo VI y en el V, se produce una moralización de la religiosidad. Los dioses no pueden ser autores de acciones que les rebajen.

En este sentido, Píndaro se ve obligado a dar a los mitos utilizados para dignificar a su cliente una interpretación en consonancia con los nuevos ideales. Es decir, el mito, a veces, no se muestra tal cual es, sino como debiera ser. Píndaro siente miedo de ofender a los dioses si relata de ellos algo innoble.

No, a ningún dios puedo llamar salvaje. Lejos de ello. Rara vez el castigo se olvida del blasfemo.

Exclama el poeta en la Olímpica Primera como apoyo a su negativa de considerar a los dioses partícipes del bárbaro banquete de los restos de pelope. Los siguientes versos abundan en lo mismo. Ningún hombre de un dios decir debiera si no lo vello.

Así es mejor. Las composiciones pindáricas eran cantadas por un coro que ejecutaba a la vez danzas. Estas representaciones tenían sentido religioso.

Contra lo que pudiera parecer, no es el personaje ensalzado el último destinatario de los epinicios, sino la divinidad tutelar de los juegos en los que el interesado ha conseguido una participación honrosa. Así, el vencedor es una pieza más, la más importante desde luego, de todo el conjunto lírico y mítico que constituye la oda. Así oímos en la Olímpica Cuarta.

Pero tú, hijo de Crono, que eres dueño de Helena, peñasco maltratado por los vientos sobre las cien cabezas del feroz tifón, recibe, para honra de las gracias, este cortejo de los dioses. El cortejo de los que en Olimpia obtuvieron la victoria, el más estable honor que se concede a las hazañas grandes. Nuestro coro está aquí para cantar al carro de Psaumides, que en Pisa conquistó la corona de Olivo y abunda en el deseo de henchir de gloria a su ciudad de Camarina.

A pesar del ennoblecimiento que continuamente quiere dar Píndaro a los vencedores de sus cantos, sin embargo, no deja de recordarles el peligro que supone en soberbecerse en demasía. Por lo cual, la mesura del campeón, e incluso la de él mismo, es un tema que aparece continuamente. —¡Tú, Zeus, otórganos el don de la modestia y la dulce alegría de los éxitos! — exclama en la olímpica trece, y al final de la quinta.

—¡Vivas, vejez tranquila hasta el final de tus días, sentados junto a ti tus hijos! ¡Oh, Psaumides, el que conservar sepa su riqueza y la gloria añadir a sus copiosos bienes, que no pretenda nunca ser un dios! PÍNDARO Hemos dicho ya que Píndaro, con su carácter conservador, está

más cerca de las pequeñas oligarquías locales que de la naciente democracia ateniense. Así, en muy pocas ocasiones, hay referencias a Atenas. Sin embargo, en un fragmento encontramos uno de los elogios más hermosos sobre esta ciudad.

—¡Oh, brillante y coronada de violetas! ¡Gloriosa Atenas celebrada! ¡Baloarte de la élade, divina ciudadela! En el estilo y composición de la poesía de nuestro autor, habrá apreciado el alumno una enorme riqueza de temas. Los epinicios ofrecen una composición abigarrada y, en apariencia, desordenada, pero no es así. La referencia, por ejemplo, a los elementos míticos le lleva a buscar relaciones con otros nuevos que se actualizan con la alusión directa al vencedor, etc.

Estas digresiones y ampliaciones están calculadas en función del conjunto, de manera que las diferentes partes se van entremezclando, pero guardando en gran medida su individualidad. En cuanto a la expresión poética, se buscan imágenes nuevas y llenas de fuerza. Por ejemplo, la primera estrofa de la Primera Olímpica.

Lo mejor de todo es el agua. Y el oro, fuego esplendoroso que se enciende en la noche y borra los tesoros de la riqueza infatuada. Si cantar los juegos quieres, corazón mío, amigo, no verás fuera del sol otro astro que más luzca por el día en el espacio desierto, ni celebrar podremos competición más bella que la Olímpica.

De aquí nos viene el himno que tantas voces cantan, de embriagada inspiración para los sabios, venidos a ensalzar al vástago de crono, en la casa de Hierón, rica y dichosa, el que sostiene el cetro en la próspera y fértil Sicilia. El autor va destacando sucesivamente los elementos más preciados. El agua, el oro, el sol.

Así como ellos destacan y brillan los juegos de donde salen los vencedores. Y también Hierón, rey siciliano. Todo lo preside Zeus, patrón de los certámenes de Olimpia.

En la Olímpica Sexta, el linaje del vencedor, Agesías, se hace remontar hacia Llamo el adivino, cuyo mítico nacimiento se describe así. El poeta siempre encuentra lugar en sus composiciones para referirse a su ingenio y a la calidad de sus cantos, que nada desmerecen del triunfo conseguido por aquel a quien se dedica el poema. Buena muestra de ello es el final de la Olímpica Segunda en honor de Terón, tirano de Agriyento, con lo que cerramos hoy nuestras palabras.

Ánimo corazón, que tu arco sepa ahora hallar su blanco. ¿A quién dirigiremos las renombradas flechas que parten de mi espíritu clemente? Camino de Agriyento las tensaré y con ánimo veraz, con juramento afirmo que esta ciudad en cien años no engendró hombre ninguno que con sus amigos más generoso corazón tuviera y larga mano que Terón. Subtítulos realizados por la comunidad de Amara.org